

Tebas, donde acababan de asesinar al beotarca Braquilas; y aquellos hombres, en su ceguedad, empujaban la Grecia á la servidumbre. No era pues necesario ponerle trabas. Flaminio evacuó sin ningún temor las ciudades de Calcis, Demetriada y el Acrocorinto.

Antes de dejar la Helade ofreció una corona de oro al dios de Delfos y consagró en su templo unos escudos de plata en que había hecho grabar versos griegos que cele-

braban, no la victoria de Cinoscéfalos, sino la libertad devuelta á los pueblos helénicos. Era la consigna: los romanos querían parecer libertadores, y los griegos se prestaban á esta mistificación. En realidad, cuando Flaminio volvió á Roma á ceñir la corona de su triunfo, llevó este útil protectorado de la Grecia que todos los sucesores de Alejandro se habían disputado sin poder lograrlo (1) (194).

## CAPITULO XXVIII

### GUERRA CONTRA EL REY DE SIRIA Y LOS GÁLATAS (192-188)

#### I. — PRELIMINARES DE LA GUERRA CONTRA ANTÍOCO.

El fastuoso desinterés que Roma acababa de mostrar en Grecia y nadie podía comprender aún, era una hábil respuesta á la coalición que Aníbal pretendía formar con el mayor ahinco. Llevado á Cartago por una derrota, se encontró allí todavía bastante fuerte para subir al poder é iniciar las reformas que debían regenerar su patria. Hízose nombrar sufeta, y con el apoyo de sus veteranos y del pueblo derribó la tiránica oligarquía que se había formado durante la guerra (2). Los centunviro eran inamovibles y los hizo anuales; las rentas públicas se defraudaban indignamente, é introdujo en la administración un orden severo, exigió restituciones y puso el tesoro en estado de pagar el tributo prometido á Roma, sin necesidad de imponer sacrificios al pueblo (3). Las tropas regularmente pagadas, fueron en aumento, y esperando poder obtener de ellas mejores servicios, las ocupó en útiles trabajos en los campos. Al mismo tiempo para evitar un rompimiento prematuro condenó al destierro á su emisario Amílcar, que mantenía la guerra en la Cisalpina, dejaba á los romanos pronunciarse contra Cartago en una diferencia con Masinisa y les enviaba para la guerra de Macedonia 300,000 módios de trigo. Pero sus secretos mensajes apremiaban á Antíoco á romper las hostilidades, mientras Filipo resistía aún, los griegos vacilaban y los cisalpinos y los españoles estaban sublevados.

Cinoscéfalos echa por tierra sus esperanzas, y muy luego tres embajadores fueron á Cartago á exigir la cabeza de aquel infatigable enemigo de Roma. Escipión se había opuesto noblemente á semejante resolución: su leal valor comprendía á Aníbal atacado cuerpo á cuerpo y vencido; pero herido á mansalva, no. Al contrario, hacía mucho tiempo que el glorioso proscrito lo esperaba; pero una galera secretamente preparada lo llevó á Siria (145).

Halagado Antíoco III por los triunfos obtenidos los primeros años de su reinado, no reivindicaba menos que toda la herencia de Seleuco Nicator: en Asia, la Celesiria y la Fenicia, de que había desposeído al rey de Egipto, pupilo del senado romano, y las ciudades griegas cuya independencia acababa Roma de proclamar; en Europa, el Quersoneso de Tracia, donde fortificó á Lisimaquia haciendo de ella el ba-

(1) Tito Livio, XXXIII, 28. Flaminio no olvidó, sin embargo, que el senado y el pueblo exigían á sus generales que traieran oro, y dió ingreso en las arcas del Estado á las cantidades de 3,713 libras de oro en barras, 43,270 libras de plata y 14,514 filipos de oro (Plut., *Flam.*, 14).

(2) Cartago no tenía ya ejército, y Aníbal había entrado con 6,500 de sus veteranos. (Ap. *Libyca*, 55.)

(3) Tito Livio, XXXIII, 46. El año 191 ofrecieron los cartagineses al senado romano pagar de una sola vez el tributo y enviarle granos por una cantidad enorme.

luarté de su imperio; la Tracia y la Macedonia misma, que se atrevía á incluir en sus temerarias pretensiones. Ganó á Bizancio con ventajas hechas á su comercio, á los gálatas con presentes y amenazas, al capadocio Ariarato dándole una de sus hijas y todavía procuró comprar la neutralidad del rey de Egipto ofreciéndole otra hija con la promesa del litoral sirio por dote.

En vano multiplicó el senado las embajadas, los consejos y las amenazas: Antíoco le contestó altivamente: «Yo no me mezclo en lo que hacéis vosotros en Italia; no os mezcléis tampoco vosotros en lo que yo haga en Asia.» La llegada de Aníbal decidió la guerra. Este grande hombre ofrecía volver á comenzar su segunda guerra púnica con once mil hombres y cien barcos. De paso, sublevaría á Cartago, y mientras él ocuparía á los romanos en Italia, el rey descendería á Grecia, reuniría todos sus pueblos, y á la primera noticia de las derrotas de Roma, vendría á darle el último golpe á esa quebrantada dominación.

Aníbal pues, quería intentar con el Oriente rico y civilizado lo que no había podido hacer con el Occidente pobre y bárbaro. Si no hubiéramos perdido los Anales de Ennio, nos veríamos acaso obligados á rechazar estos belicosos consejos de Aníbal: algunos fragmentos del poeta soldado muestran al héroe cartaginés más desconfiado, y Aulo-Gelio refiere de él unas palabras que confirmarían estas dudas. «¿Crees que esto baste á los romanos? decía Antíoco indicándole sus doradas tropas — Sí, por cierto, contestó Aníbal, por ávidos que sean.» Pero esta desconfianza no se manifestó hasta los últimos días, cuando vió que el rey desechaba sus consejos y lo mantenía aparte.

La perspicacia de la envidia había hecho ver á los cortesanos que aquel hombre no podía trabajar sino por su propia cuenta, y susurraban al oído de Antíoco que el cartaginés aun siendo fiel, se llevaría toda la gloria, si la campaña era feliz. Las visitas que Aníbal había recibido de uno de los embajadores romanos, y que éste había multiplicado con pérfida intención, lo habían hecho sospechoso.

Entre los enviados del senado, ha puesto la leyenda á Escipión el Africano para poner otra vez en frente al vencedor y al vencido de Zama en una conferencia que habrían debido tener en Efeso. «¿Quién es á tu parecer el primer general del mundo? hubo de preguntarle Escipión. — Alejandro de Macedonia, que con un puñado de hombres derrotó innumerables ejércitos y recorrió victoriosamente inmensos países. — ¿Y el segundo? — Pirro, que como ninguno supo elegir las posiciones para acampar, ordenar sus tropas en batalla y combatir. — ¿Y el tercero? — Yo, dijo Aníbal sin vacilar. Entonces se echó á reír Escipión y dijo: — ¿Y qué dirías, si me hubieras vencido? — En ese caso, me pondría por encima de los otros dos.»

Hay que contar estas cosas, porque se repiten en todas partes; pero no está uno obligado á creerlas. Es uno de esos diálogos que se redactan en las escuelas de los retóricos. A encontrarse Aníbal y Escipión después de diez años y en vísperas de una guerra formidable, hubieran tenido que decirse otras cosas más graves que las vanidosas preguntas del uno y el por demás ingenioso y sutil cumplimiento del otro. Uno solo de los embajadores, P. Vilio, fué á Efeso, y tuvo con Aníbal frecuentes entrevistas para apartarlo del servicio de Antíoco. No lo consiguió; pero el rey concibió sospechas, y desechando los consejos del héroe, dió oídos á las magníficas y vanas promesas del etolio Toas.

Hacía mucho tiempo que los etolios se jactaban de haber abierto la Grecia á los romanos y guiado por todas partes sus pasos. A creerlos, ellos mismos habían salvado la vida y el honor de Flaminio en Cinoscéfalos. «Mientras nosotros combatíamos, decía uno de ellos, haciendo una muralla con nuestros cuerpos, no se ocupó él en todo el día, sino en ceremonias de auspicios, votos y víctimas, como un sacrificador.» Habían creído heredar la dominación que Filipo había perdido, y los romanos ni aun les habían devuelto sus ciudades de Tesalia, ni la Acarnania ni Leucade, ni las ciudades que habían ellos conquistado; y que en los términos del tratado habrían debido pertenecerles.

Contrariados en sus intereses y humillados en su orgullo por la altivez de Flaminio, que sólo tenía palabras duras para ellos, se atrevían á compararse con Roma, soñaban guerras contra ella y la amenazaban ya con su campamento á orillas del Tiber.

En un mismo día, sin declaración de guerra, tres cuerpos etolios aparecieron delante de Calcis, Demetriada y Lacedemonia, esperando tomar estas plazas y desde ellas arrostrar á los romanos. Calcis los rechazó, Demetriada fué sorprendida, y en Esparta, donde se presentaron como amigos, degollaron á Nabis; pero se entretuvieron demasiado en el pillaje, dando así tiempo á que acudiera Filopémenes y los envolviera.

El general aqueo agregó á la liga la Esparta libertada y aquellas expediciones de bandidos todavía ligaron más estrechamente la Grecia al partido de Roma. Al mismo tiempo, para neutralizar la Macedonia, hizo el senado cundir el rumor de que iba á devolver á Filipo sus rehenes y á condonarle el tributo. En Africa, hacía que Masinisa hostigara á Cartago á fin de impedirle atender á las provocaciones de Aníbal (1); y viendo su flaqueza con el nómida, la servil solicitud de sus nobles en borrar y prevenir las sospechas de Roma, dejó de creerla temible. En España acababa Catón de tomar y desmantelar todas las plazas hasta el Betis, y en la alta Italia, en fin, abatidos por cien derrotas los galos, dejaban á los ligures protestar solos contra la servidumbre de los cisalpinos.

#### II.—ANTIOCO EN GRECIA COMBATE DE LAS TERMÓPILAS (192—191)

La oportunidad estaba mal elegida para atacar á Roma cuando todo cedía á sus armas, y ella misma extremaba su prudencia y actividad haciendo volver á Grecia al hábil Flaminio, situando un ejército en Apolonia, cubriendo de barcos y soldados las costas de Sicilia y de Italia, como

(1) Aníbal había despachado secretamente á Cartago al tirio Aristón que fué denunciado al senado (Tito Livio, XXXIV, 56). Según Cornelio Nepote (*Anib.*, 7) este general desembarcó en Cirene, y desde allí habría enviado á llamar á su hermano Magón. Pero espantado el senado de Cartago los proscibió á ambos á dos.

para rechazar la invasión más formidable. Cierta que los etolios habían prometido á Antíoco sublevar toda la Grecia y al mismo Filipo; que los diputados del rey de Siria lo presentaban atravesando los mares con todas las fuerzas del Asia y con bastante oro para comprar á la misma Roma; pero no era sino un comercio de intrigas y mentiras en que perdieron todos los interesados. Cuando Antíoco desembarcó en Demetriada (set. 192) llevaba consigo, en vez del ejército de Jerjes, solamente diez mil hombres de á pie y quinientos de á caballo, cuyos haberes tuvo que tomar prestados á crecido interés y cuya subsistencia puso á cuenta de los etolios (2).

En cuanto á estos, no le dieron ni siquiera un aliado. Era menester ganar á Filipo, y Antíoco lo irritó reclamando los derechos que tenía de Seleuco y sosteniendo las ridículas pretensiones del hijo de Aminander al trono de Macedonia. En su precipitada fuga, no había podido Filipo tributar los últimos honores á los soldados muertos en Cinoscéfalos. Antíoco recogió sus huesos en un sepulcro que hizo elevar por su ejército y esta piadosa solicitud fué para el macedonio un amargo reproche. Filipo contestó á estos agravios solicitando de Roma que le permitiera tomar las armas (3).

El rey de Siria procuró sin embargo hacer declarar á los aqueos por él, y en un *panachaicum* celebrado en Corinto, hizo su embajador con énfasis asiático prolongada enumeración de los pueblos que desde el mar Egeo hasta el Indo se armaban por su causa. «Todo eso, decía Flaminio, se asemeja mucho al festín de mi huésped de Calcis: en medio del estío estaba su mesa cubierta de los más variados manjares, de caza de todas clases; pero no eran sino las mismas carnes preparadas hábilmente. Mirad bien, y bajo esos tremendos nombres de medos, *cadusios*, etc., no encontraréis más que siri-



Moneda de Eubea (4)

rios.» La actividad de Flaminio hizo fracasar una conspiración en Atenas; pero Calcis, que no tuvo tiempo de socorrer, y toda la Eubea hicieron defección. La Beocia, agitada por hombres perdidos de deudas, la Elide y los atamanes siempre fieles á los etolios, siguieron este ejemplo. Muchas ciudades tesalianas, entre otras la plaza fuerte de Lamia, abrieron sus puertas á Antíoco.

Con todo eso, Aníbal seguía dando los mismos consejos, «No son, decía, no son esos pueblos flacos los que se han de atraer á la causa de Antíoco, sino á Filipo de Macedonia; si se niega á ello, rematadlo entre vuestro ejército y el que manda Seleuco en Lisimaquia. Llamad en fin vuestras tropas y barcos del Asia; estacionad la mitad de vuestra flota en Corcira, y la otra mitad en el mar Tirreno, y marchad sobre Italia.»

Pero en este vasto plan desaparecían los etolios y sus pequeños intereses; ellos hicieron perder la campaña en tomar una tras otra las ciudades de Tesalia, y durante el invierno, Antíoco, á pesar de sus cuarenta y ocho años, hubo

(2) Tito Livio, XXXV, 44. Llevaba además seis elefantes.

(3) *Ibid.*, 47. Sin embargo, Filipo dice que Antíoco le había ofrecido 3,000 talentos, 50 barcos de puente y la cesión de todas las ciudades griegas que le habían pertenecido antes. Pero Antíoco hizo sin duda sus ofrecimientos ó demasiado pronto ó demasiado tarde, porque Filipo veía claramente las ventajas que Roma sacaba de todas estas guerras. (Polib., XX, fr. 7.)

(4) Anverso, cabeza de Ceres; reverso, cabeza de buey. Dracma de Eubea, isla abundante en bueyes.

de olvidar en los placeres de un nuevo himeneo, que se jugaba la corona contra los romanos.

El senado tuvo tiempo para acabar sus preparativos: para él, toda guerra era grave, sobre todo aquella en que podía tener á Aníbal por adversario y á Italia otra vez por campo de batalla. No conocía aún la debilidad que envolvían los grandes nombres de Grecia y de Asia, y el sucesor de Alejandro, el príncipe que mandaba desde el Indo al mar Egeo, guiado por el hombre que había destruído tantas legiones, le parecía muy temible.

En cuanto se rompieron las hostilidades, prohibió el cónsul á los magistrados que se alejaran de Roma, y á los senadores que salieran más de cinco á la vez de la ciudad. Sin oprimir al pueblo ni á los aliados, se habían reunido grandes fuerzas: un ejército enviado á orillas del Po contenía á los cisalpinos y cerraba al rey los pasos de los Alpes, si intentaba entrar por la Iliria; otro alrededor de Brindis vigilaba el



Eumenes IV (1)

mar Jonio y protegía las costas contra un desembarco; otro de reserva en Roma, estaba dispuesto á acudir allí donde apareciera un peligro.

La flota era también numerosa y diariamente se aumentaba. Cartago y Masinisa habían ofrecido barcos, veinte elefantes, quinientos numidas é inmensas partidas de trigo; Tolomeo y Filipo tropas, dinero y víveres: el rey de Egipto había enviado ya hasta 1,000 libras de oro y 20,000 de plata; y los dos príncipes se comprometían á pasar á Grecia á la primera orden del senado.

Eumenes, cuyo pequeño reino estaba en peligro de desaparecer muy luego en el vasto imperio de Antíoco, y Rodas, aliada de Egipto, habían puesto todas sus fuerzas á disposición de los romanos.

Cuando se supo que Antíoco había desembarcado en Grecia más bien con una escolta que con un ejército, y que por consiguiente no era de temer la invasión de Italia, ordenó el senado á las legiones de Brindis que enviaran una fuerte vanguardia al Epiro y á Apolonia. Un cuerpo de dos mil quinientos hombres incorporado á otro macedonio, bastó para ahuyentar á los sirios lejos de Larisa, cuya plaza sitiaban.

Estos preparativos, estas levas de hombres, estas marchas de ejércitos, esta guerra comenzada, todo se había hecho sin consultar al pueblo. Los cónsules del año 191, venidos al cargo en los idus de marzo, que á consecuencia de los errores del calendario caían entonces en enero, llevaron á los comicios una declaración de guerra contra el rey de Siria. Nadie se quejó de que un acto tan grave fuera para la asamblea una simple formalidad: el pueblo se había acostumbrado, durante la segunda guerra púnica, á dejar á los Padres Conscriptos la absoluta dirección de los negocios exteriores, que en verdad habían venido á ser demasiado numerosos é importantes para tratarlos en una reunión popular. Era la primera abdicación de su soberanía, y bien se ve que la necesidad tuvo en ello más parte que la ambición del senado. La fuerza de las cosas llevaba á esta preponderancia del gran consejo de Roma, como dentro de siglo y medio llevará á la preponderancia de un hombre. La ambición de las corporaciones y de los individuos no hace por sí sola duraderas las situaciones en los negocios humanos: estas vienen á ser legítimas, cuando las circunstancias his-

(1) Cabeza laureada de Eumenes IV, tomada de una tetradracma.

tóricas las establecen y mantienen. De muchas declamaciones se desembarazará la historia, cuando se reconozca el principio de que la política es la ciencia de lo relativo, no de lo absoluto, y que el mejor de los gobiernos es el que responde mejor á las necesidades presentes de una sociedad.

El cónsul Acilio Glabrión, que iba á mandar en Grecia, fué encargado por el senado, antes de partir, de negociar con Júpiter; no se podría dar otro nombre á la escena que Tito Livio refiere y no era sino una repetición de lo que ya hemos visto en otro lugar.

«Bajo la redacción del pontífice máximo, el cónsul pronunció las palabras siguientes: Si la guerra decretada contra el rey Antíoco termina á satisfacción del senado y del pueblo romano, entonces ¡oh Júpiter! el pueblo romano celebrará en tu honor los grandes juegos por espacio de diez días, y grandes ofrendas se pondrán en tus altares (2).»

Como los hebreos habían hecho alianza con Jehovah, los romanos la hacían con Júpiter; y el dios parecía haber cumplido tan bien semejantes contratos, que los senadores debían esperar que aceptara aún esta promesa condicional: honores y ofrendas por la victoria.

En los idus de mayo acabó de pasar el Adriático el ejército de Brindis y se reunió con el de Apolonia, que había recobrado muchas ciudades tesalianas. Acilio Glabrión lo mandaba. Era Acilio un hombre de oscuro origen, pero un vigoroso soldado, que entre sus tribunos legionarios llevaba dos antiguos consulares, Catón y Valerio Flaco, los cuales tan modestos como bravos aceptaban el servicio de la patria en cualquier puesto que se les señalara.

El cónsul terminó la conquista de Tesalia y avanzó hasta las Termópilas, donde Antíoco, batido en Acarnania por el más débil de los pueblos griegos, esperaba defender el paso con sus diez mil hombres. Pero Catón sorprendió á dos mil etolios apostados en el Calidromo para defender el sendero por el cual había conducido Efilates á los persas de Jerjes para envolver á Leonidas. A vista de las cohortes romanas, que descendían del Eta, Antíoco, que había detenido á Acilio ante sus líneas en el desfiladero, emprendió la fuga por en medio de la Lóricide hasta Elatea y Calcis, á donde llegó con quinientos soldados, y desde allí pasó rápidamente á Efeso.

La batalla de las Termópilas costó á los romanos doscientos hombres (julio 191). «¡Que Atenas nos pondere ahora su gloria! exclamaban los romanos. En Antíoco hemos vencido á Jerjes.» Durante este combate, la flota romana había apresado, cerca de Andros, un gran convoy de víveres. Ni siquiera había sabido Antíoco garantizar sus comunicaciones en el mar Egeo.

Para estimular el celo de Filipo, le había abandonado previamente el senado todas las plazas de que pudiera apoderarse, y mientras Acilio, revolviendo sus fuerzas contra los etolios, se obstinaba en los sitios de Heraclia y de Naupacto, hacía Filipo rápidos progresos. Ya había conquistado cuatro provincias. Pero Flaminio lo vigilaba, y pasando á Naupacto hizo ver al cónsul el peligro y lo persuadió á conceder á los etolios una tregua que desarmó al rey de Macedonia. Algún tiempo antes había detenido también una expedición de los aqueos contra Mesene, y dejando entrar á esta ciudad en la liga, había estatuído que pudiera recu-

(2) Lito Livio, XXXVI, 2. No hay que olvidar que los juegos públicos tenían un carácter religioso. En 178 hubo de sentirse un terremoto: algunos creen haber visto desviar la cabeza á los dioses convidados á un *lectisternium*, y los ratones se habían comido las aceitunas servidas á la mesa del banquete sagrado. «Para conjurar estos prodigios se decidió que los ediles curules dieran por segunda vez los juegos romanos.» (Id., XL, 59.)

rrir para todas sus diferencias al senado ó á su tribunal; tribunal parcial abierto á todas las quejas contra los aqueos. Ya, en efecto, no conllevaba á este pueblo, que había usurpado á los atamanes la isla de Cefalonia. «Como la tortuga en su concha, seréis invulnerables, les dijo, mientras no salgáis del Peloponeso.» Y les quitó la Cefalonia.

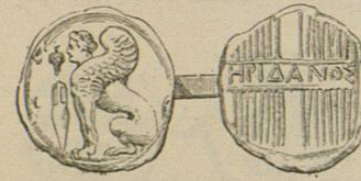
### III. - BATALLA DE MAGNESIA (190)—DERROTA DE LOS GÁLATAS (189)

En Efeso hubo de encontrar Antíoco su libertad: sólo Aníbal extrañaba que no hubieran llegado aún los romanos. Dócil á sus consejos por la primera vez, el rey pasó al Queroneso, donde aumentó las fortificaciones de Sestos y de Lisimaquia. En Asia, compró la alianza de los gálatas, so-



Moneda de Efeso (1)

licitó con empeño la de Prusias, rey de Bitinia, y reunió fuerzas considerables para someter, antes que aparecieran los romanos, el reino de Pérgamo y las ciudades griegas, que permanecían libres. Pero mil y cien aqueos, dirigidos por Filopémenes, defendieron tenazmente á Pérgamo; y Livio, con una victoria obtenida entre Quios y Efeso sobre el almirante Polixénidas, tomó del primer golpe el imperio en el mar Egeo. Si los rodios fueron vencidos en Samos,



Moneda de Quios (2)

si Livio fracasó en sus tentativas sobre Efeso y Patara, los primeros repararon su derrota con una batalla naval, en que el mismo Aníbal fué vencido, y el sucesor de Livio destruyó cerca de Mionesos, la flota siria, á pesar de la destreza de los pilotos de Tiro y de Sidón que la conducían.

Sobre estos combates ha conservado Tito Livio algunos detalles interesantes para la historia de la guerra marítima en la antigüedad.

En el mar Egeo, mandaba el pretor Livio ochenta y un navíos de puente y espolón; eran los barcos de línea; y otros



Galera de espolón

sin puente, pero con espolón, y por consiguiente más ligeros para la evolución, lo que entonces, como ahora, era una de las condiciones de la táctica naval. Esta consistía en tres maniobras: evitar el choque del enemigo, romper sus remos para asaltarlo en seguida, como nosotros procuramos romper el timón ó el hélice para

(1) Abeja entre las letras E y Phi. En el reverso ΔΗΜΟΚΑΗΣ; medio ciervo echado bajo una palmera. Tetradracma de Efeso. La abeja se encuentra en las monedas de muchas ciudades griegas: era el símbolo de una ciudad bien ordenada.

(2) Anverso: esfinge sentada ante un racimo y un ánfora; reverso: ΗΡΙΑΔΑΝΟΣ en una faja hueca.

corredores muy rápidos hacían el servicio de los reconocimientos (3).

Livio esperó en Delos viento favorable para ganar la costa del Asia, y advertido el almirante sirio Polixénidas por los barcos que había apostados de distancia en distancia en el mar de las Cícladas, solicitó del rey que reuniera en Efeso un consejo de guerra. En él representó que los navíos romanos, groseramente construídos, cargados de provisiones y viniendo á navegar por parajes que conocían mal sus comandantes, eran pesadas máquinas que fácilmente podrían destruirse. Con esto obtuvo el permiso de comba-

tirlos, bien que la flota romana, unida á la del rey de Pérgamo, constara de doscientas galeras, casi todas de puente. A la aproximación de los sirios, mandó Livio arriar velas, quitar las jarcias y bajar los mástiles. El combate comenzó entre dos galeras cartaginesas, situadas á vanguardia, y tres sirias: dos de éstas atacaron á uno solo de los barcos cartagineses, el cual desamparado, cayó luego en poder de ellos, siendo degollada toda la tripulación y arrojada al mar. El principio era de mal agüero. Pero entonces Livio empujó adelante su navío, ordenando á los remeros que al caer sobre el enemigo bajaran los remos por una y otra banda para fortalecer el barco por su base, y á los soldados que lanzaran al mismo tiempo los garfios de abordaje. Las dos galeras fueron apresadas y la acción se hizo general. «Las pesadas máquinas romanas,» bien dirigidas por sus pilotos griegos, evitaban las embestidas y las daban tremendas. En poco tiempo fueron apresados trece navíos sirios y echados á pique diez; los demás huyeron del combate.

La acción tuvo lugar á la altura de Córico, no lejos de Focea, y los romanos no habían perdido más que la galera cartaginesa apresada al principio. El espolón de los antiguos producía pues efectos comparables á los de los modernos. En otra ocasión un barquillo rodio echó á pique á una galera siria de cinco órdenes de remos, como en el combate de Lisa un barco de madera hizo otro tanto con un acorazado italiano, por el choque directo.

Para consagrar la memoria del combate naval de Mionesos, una inscripción grabada en el muro del templo de los dioses de la mar, en Roma, decía que habiendo destruído los romanos, á vista de Antíoco, la armada siria «habían cortado un gran debate y triunfado de los reyes.»

Hacían bien en guardar el recuerdo de aquellas victorias navales, porque habían decidido de antemano la cuestión entre Roma y Antíoco.

La victoria de Mionesos abría á los romanos el camino de Asia. ¿Qué caudillo iba á conducir allá las legiones? Los cónsules del año 190 eran Lelio y Lucio Escipión; éste pasaba por un mediano general; y su colega, que deseaba conducir esta guerra, pidió al senado, con el cual creía contar, que no sacara, según uso, las provincias por suerte, sino que hiciera por sí mismo su distribución. Escipión aceptó la propuesta, y se esperaban vivas discusiones, cuando el Africano declaró que si se enviaba á su hermano contra Antíoco, él le serviría de teniente. Esta promesa arrastró casi todos los sufragios.

Los dos hermanos partieron para la Grecia con refuerzos que robustecieron el ejército de Acilio, cuyo mando nominal tomó Lucio Escipión: cinco mil veteranos de Zama se

(3) Los antiguos tenían también algo análogo á nuestros brulotes. Algunos meses después del combate de Córico, sorprendida la flota rodia por Polixénidas, fué destruída, á excepción solamente de siete galeras, que se abrieron paso al través de la batalla, gracias al terror inspirado por unos fuegos que en largas pértigas llevaban en la proa (Tito Livio, XXXVII, 11 y 30).